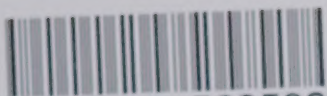
Británico

Racine


a 00003 523583

BRITANICO.

TRAGEDIA EN PROSA

EN CINCO ACTOS.

TRADUCIDA DEL FRANCES.

POR DON SATURIO IGUREN.

CORREGIDA Y ENMENDADA EN ESTA SEGUNDA IMPRESION.

ACTORES.

Neron, Emperador, hijo de Agripina.
Britanico, hijo del Emperador Claudio.
Agripina, Viuda de Domicio Enobarbo, padre de Neròn: y de segundas nupcias Viuda del Emperador Claudio.
Junia, amante de Britanico.
Afranio Burrho, Ayo de Nerón.
Narciso, Ayo de Britanico.
Albina, Confidente de Agripina.
Guardias.

ACTO I.

SCENA PRIMERA.

Agripina y Albina.

Alb. ¿QUe es esto? Quando Neròn está entregado al sueño, ¿tu, Agripina, discurres tan turbada por el Palacio, esperando que despierte? ¿La madre de Cesar sin sequito, ni guardia ha de ser centinela suya? Ea, Señora, retirate à tu quarto

Agr. No es posible, Albina, apartarme de aqui un instante. Aqui le esperarè, donde mientras èl descansa, serán triste ocupacion de mi memoria los pesares con que me atormenta. Ya se van verificando todos mis recelos. Ya Neròn se ha declarado contra Britanico. Ya el impaciente Neron, cansado de reprimirse y de ser amado, quiere ser temido. Britanico le dá sugecion, y aun Agripina le empieza à ser enfadosa.

Alb ¿Como? Tu, Señora, que le diste el ser, y le llamaste de tan lexos al Imperio? Tu, que desheredando al hijo de Claudio, hiciste dichoso à Nerón nombrandole Cesar? Todo te favorece. Todo le acuerda el amor que te debe.

Agr. Es verdad, Albina, todo le acuerda esa obligacion, si es agradecido, pero todo conspira contra mi, si es ingrato.

Alb. ¿Si es ingrato dices? ¿Pues no acredita en su conducta la noble-

za de sus pensamientos? ¿Que ha dicho, ni que ha hecho por espacio de tres años, que no prometa à Roma un perfecto Emperador? Roma, gobernada tres años ha por su vigilancia, crèe haber vuelto al tiempo de sus Consules. Como padre la rige; y en fin el joven Neròn tiene todas las virtudes del anciano Augusto.

Agr. No, Albina, la pasion no me ciega. Es cierto que empieza por donde acabó Augusto: pero temo que despues acabe por donde Augusto comenzò. En vano dissimula. Yo leo en su semblante el genio triste y feroz de los Domicios, y sé que mezcla cō la altivez de aquella sangre la crueldad de los Nerones, que sacò de mis entrañas. Siempre la tirania tiene felices principios. Si algun tiempo fué Cayo las delicias de Roma, tambien fuè el horror de Roma luego que trocò en furor su fingida bondad. Y quando asi no sea, ¿que me importa à mi que Nerón dexe à la posteridad un modelo de virtud? ¿Acaso puse yo en su mano el timón del Imperio, para que le gobernase al arbitrio del Pueblo y del Senado? Sea en hora buena, si quiere, Padre de la patria; pero acuerdese de que Agripina es su Madre. Mas dexando esto aparte, ¿que nombre daremos al atentado que acaba de cometer? No puede ignorar que Britanico es amante de Junia; y sin embargo, ese mismo Neron que tu pintas tan virtuoso, la ha robado en el silencio de la noche. ¿Que intenta? ¿Le mueve amor ò aborrecimiento? ¿Se complace solo en hacerlos infelices, ò quiere su dañada intencion perseguirlos porque yo los protejo?

Alb. ¿Tu, Señora, los proteges? Tu...

Agr. Detente, Albina. Bien sé que yo sola anticipe la ruina de ambos. Que precipité à Britanico del trono adonde su nacimiento debiò colocarle. Que yo sola fui causa de que Silano, hermano de Junia, se diese la muerte, por haberle desbaratado el casamiento que Claudio le preparaba con Octavia, en cuya fe contaba ya entre sus abuelos à Augusto. Pero tambien sê que Nerón ha cogido el fruto de todo, sin dexarme otra recompensa que la necesidad de que procure mantener el equilibrio entre ellos y Nerón, para que algun dia le mantenga Britanico entre Neròn y Agripina.

Alb. ¡Ah, Señora, que maxima!

Agr. En esta tempestad es donde yo aseguro el Puerto. Neròn sacudirá el yugo de mi obediencia; si este miedo no le sugeta.

Alb. Pero, Señora, ¿contra un hijo tantas cautelas?

Agr. Presto le temeria yo, si èl no me temiese.

Alb. Acaso serán vanos esos temores; y à lo menos, si Nerón no te conserva el amor que te debe, será novedad tan secreta entre vosotros, que yo no la he penetrado. Y sino vease que titulos nuevos le concede Roma, que sin reserva no comunique prodigamente á su Madre. Tu nombre es en la Ciudad tan sagrado como el suyo. Apenas se habla ya de la infeliz Octavia; y

es

es notorio que Livia no alcanzò tantos honores de tu abuelo Augusto. ¿ No es Neròn el primero que ha permitido llevar delante de su Madre los Fasces coronados de laurèl ? ¿ Pues que mas pruebas deseas de su respeto ?

Agr. Menos respeto, y mas confianza. A mi me irritan todos esos honores, porque veo que quanto ellos crecen, tanto decae mi autoridad. No; no; yà pasò aquel tiempo, en que el joven Neròn me dirigia todas las adoraciones que le tributaba su Corte: en q̃ me confiaba todo el gobierno del Imperio: en que por mi orden se juntaba el Senado en Palacio, para que yo, presente à todo, aunque oculta de una cortina, fuese el espiritu de aquel grã cuerpo. Poco satisfecho entonces Neròn de la voluntad de Roma, aun no le habia ensoberbecido su propia grandeza. Nunca podrè olvidar aquel triste dia en que el mismo Neròn quedó deslumbrado de su gloria. Aquel dia, en q̃ los Embaxadores de tantos Reyes vinieron à tributarle vasallage en nombre del Universo; iba yo à sentarme con él en su trono. No se quien le dictó mi desgracia. Apenas me viò, aunque de lexos, quando manifestò en el semblante su ira, y aun mi corazon no dexò de concebir algun infeliz presagio. Procurò disimular el ingrato, y dando color de respeto al agravio, levantose de repente, y se arrojò como para abrazarme; ¿mas para què fue ? Para apartarme del trono. Desde aquel fatal suceso ha ido precipitandose por instantes la autoridad de Agripina. Ya no me queda mas que la sombra. Ya nadie implora sino el nombre de Seneca, y la proteccion de Afranio.

Alb. Pues si te afligen esos, ¿ por que abrigas el espia que te mata? ¿Porque no apuras la verdad, explicandote con tu hijo ?

Agr. ¡ Ay Albina ! Ya Neròn no me oye sin testigos. A hora señalada da su audiencia en publico, y le dictan la respuesta y aun el silencio, sin q̃ jamás dexe de presidir nuestras conversaciones uno de los dos que mandan à Neròn y à su Madre; pero yo he de perseguirle, al paso que huye, sirviendome de su misma inquietud. Ruído siento, las puertas abren; vamos aprisa à pedirle cuenta del robo. Procuremos penetrar de improviso sus intimos secretos. ¿Mas que veo ? Ya sale Afranio de su quarto.

SCENA II.

Afranio y Agripina.

Af. Iba, Señora, à participarte una orden del Emperador, que al principio te causará novedad, aunque solo es efecto de una prudente conducta, de que desea Cesar estès informada.

Agr. Pues si asi lo quiere, entremos, que de èl mismo lo sabrè mejor.

Af. Ahora se ha retirado de nosotros por algun rato, y està con los Consules, que por una puerta secreta se anticiparon: Mas permite que vuelva à decirle..

Agr. No, no intento perturbar sus augustos secretos; pero, Afranio, ¿quieres que con menos embarazo hablemos una vez sin fingimiento?

Af. Yo, Señora, siempre le he aborrecido.

Agr. Dime, ¿ pretendes ocultarme al Emperador mucho tiempo? ¿No le podrè ver sino à costa de importunarle? ¿Levantè yo tanto tu fortuna, para que fueses una balla entre el Emperador y su Madre? ¿No te atreves à dexarle ni un momento en libertad? O por ventura, ¿tu y Seneca os disputais el triunfo de qual será el que me borre antes de su memoria ? ¿Què; le puse yo en vuestras manos para que le enseñaseis à ser ingrato? ¿Para que fueseis con su nombre los dueños del mundo? Mientras mas lo imagino, menos puedo persuadirme à que tengas la osadìa de contarme entre tus hechuras. Tu, cuyos deseos ambiciosos pude dexar envegecer en los infimos empleos de alguna Legion; y yo, que en el trono he sucedido à mis ascendientes: Yo, Hija, Muger, Hermana y Madre de tus Soberanos. ¿Que pretendeis? ¿Pensais q̃ hice un Emperador para obedecer à tres? Nerón ya saliò de los años de su infancia. ¿ No es tiempo ya de que reyne ? ¿ Hasta quando quereis que os tema ? ¿Acaso no puede ver sin que le presteis vuestros ojos ? ¿ No tiene à la vista para gobernarse los egemplos de sus abuelos? Elija, si quiere, los de Augusto ò Tiberio; si puede, imite à Germanico mi Padre. Yo no me atrevo à colocarme entre Heroes tan grandes; pero en algunas virtudes soy capáz de instruirle, y à lo menos le podrè enseñar hasta donde debe rayar su confianza con un Vasallo.

Af. Yo me habia encargado de sincerar à Cesar de una accion solamente: pero, Señora, ya que sin animo de que le disculpe, me haces defensor de todas sus operaciones, te responderè con aquel desembarazo propio de un Soldado, que no sabe disfrazar la verdad. Tù me confiaste la crianza de Neròn: Lo confieso, y nunca podrè olvidarlo. ¿Pero te hice yo algun juramento de ser infiel, ò de formar un Emperador que no supiese otra cosa que obedecer? No Señora, no hice tal juramento, ni yo soy responsable de mi conducta à Neròn ni à su Madre. A quien debo dar cuenta de ella es al dueño del mundo, al Imperio Romano, que està persuadido à que su prosperidad ò su ruina solo de mi dependen. Dime, Señora, ¿para hacerle ignorante no habia otros maestros sino Seneca y Afranio? ¿Para que apartar de su lado à los lisongeros? ¿Que necesidad habia de recurrir à los destierros á buscar corruptores ? La Corte de Claudio abundaba tanto en esclavos, que para dos que se buscasen, se hubieran presentado mil competidores al honor de envilecerle, y perpetuarle en la infancia. Si esto es asi, de que te quexas? ¿No eres de todos reverenciada? ¿No juran del mismo modo por tu nombre, que por el de Cesar? Es verdad que no viene à todas horas à poner à tus pies el Imperio, y aumentar el numero de tus obsequiosos; ¿ pero acaso està obligado à eso, ¿No podrá dar otra señal de su reconocimiento sino la sumision? ¿Nerón, siempre timido

y humilde no se atreverá à ser Augusto, y Cesar mas que en el nombre? Si: lo dirè de una vez. Roma le justifica, Roma, que esclava por tanto tiempo de tres libertos, respirando apenas el yugo que ha sufrido, cuenta su libertad desde el Reynado de Nerón. ¿Mas que digo? La misma virtud parece que renace. Ya el Imperio no es mirado como presa de un Tirano. El Pueblo nombra sus Magistrados en el Campo Marcio. Cesar nombra los Gefes, que desean las Legiones. Thrasea en el Senado, y Corbulón en el Exercito no dexan de ser inocentes, aunque son famosos. Los desiertos, poblados antes de Senadores, no los habitan yá sino los que injustamente los acusan. Yo no alcanzo que daño podrá seguirse del credito que nos dá Cesar, con tal que nuestros consejos se dirijan à su gloria; y que en el discurso de su floreciente Reynado se vea, que baxo un Emperador que lo puede todo, conserva Roma su libertad. Además de que Neròn por si solo basta para gobernarse. Yo solo le obedezco, sin pretender la honra de instruirle: y es sin duda que para asegurar el acierto le basta imitar à sus abuelos; ¡pero quan dichoso será, si sus virtudes, eslabonadas unas con otras, renovasen siempre la memoria de sus primeros años!

Agr. Eso es decir que tù, desconfiando de lo venidero, temes que Nerón se estrague luego que faltes de su lado. Pero yá que te veo tan satisfecho de tu enseñanza, dame algun testimonio de sus virtudes: explicame, ¿por què Neròn se ha hecho usurpador? ¿Porque ha robado à la hermana de Silano? ¿Es su animo infamar con este borròn la sangre de nuestros abuelos, que late en la hermosa Junia? ¿Que delito ha podido constituirla tan presto Reo de Estado? Junia, que educada hasta entonces sin vanidad, fue necesario que Neròn la robase para verla: Junia hubiera contado siempre como especial beneficio suyo la dichosa libertad de no conocerle nunca.

Afr. Yo bien sè que no se la atribuye ningun delito; pero tampoco Cesar la ha condenado todavia; y no comprehendo que haya obgeto desagradable à sus ojos en un Palacio lleno de imagenes de sus abuelos. No ignoras que los derechos de Junia pueden hacer de qualquiera que sea su esposo un Principe rebelde, y que la sangre de Neròn no debe mezclarse sino con quien sea de su confianza. Tú misma cõfiesas, que no seria razon disponer de la sobrina de Cesar sin su consentimiento.

Agr. Ya lo entiendo. Ya veo que por tu boca me hace saber el Emperador, quan en vano confiaba Britanico en mi eleccion: quan en vano procurè que apartase los ojos de su desgracia, lisongeandole con un casamiento que tanto anhela: que Neròn à tanta costa mia quiere publicar que Agripina promete mas de lo que puede, y sacar à Roma con esta afrenta del error en que estaba de mi autoridad: que aprenda con terror el Universo à no confundir de aqui adelante al Empe-

rador

rador con mi Hijo. Bien pude hacerlo; pero no obstante le aviso que antes de dar este golpe asegure bien su Imperio; porque reduciendome à la necesidad de hacer experiencia contra él de mis debiles fuerzas, creo que expone las suyas; y acaso, puesto mi nombre en la balanza, pesará mas de lo que imagina.

Af. ¿Es posible, Señora, que siempre estès recelosa de su respeto? ¿Que no dará paso alguno sin que te sea sospechoso? ¿Como puede el Emperador creerte parcial de Junia, ni reconciliada con Britanico? Es eso declararte en favor de tus enemigos para concitar el enojo de tu hijo, y buscar este pretexto de quexa? ¿El mas leve rumor que llegue à tus oídos ha de bastar para disponerte à dividir el Imperio? Siempre temerosa? Siempre inquieta? Siempre haciendo averiguaciones? ¿No valdra mas, que dexado ese triste afán, proprio de un Censor, uses la blandura de una madre cariñosa? Si hay algunas tibiezas, sufrelas, Señora, no las publiques, ni dès ocasion a que te abandone la Corte.

Agr. ¿Y quien será yá el que se honre con mi patrocinio, quando el mismo Neròn anuncia mi ruina? ¿Quando parece que me destierra de su vista? ¿Quando Afranio se atreve à detenerme à su puerta?

Af. Señora, yo callarè, pues empiezo à conocer, que mi libertad te desagrada. Esa quexa es injusta, y todas las razones que no la lisongean avivan mas tus sospechas. Alli viene Britanico. Yo me retiro, dando lugar à que le oigas, à que llores su desgracia, y acaso à que culpes à los que en esta parte nada ha consultado el Emperador.

SCENA III.

Britanico, Narciso y Agripina.

Agr. ¡Ah Principe! Adonde vás? ¿Què ìmpetu te arroja ciegamente entre tus enemigos? Què buscas?

Bri. Que busco? Mi mayor perdida. A Junia busco, Señora. Rodeada de terribles soldados ha sido traída indignamente à este Palacio. ¡Con que horror se habrá visto sobresaltada su timidéz en este nuevo espectaculo! En fin me han quitado à Junia. Una tirana ley separa dos almas, que unía su propia infelicidad, y nos impide que juntando nuestras desventuras nos ayudasemos à llevarlas.

Agr. No mas, Britanico. Como propios siento yo tus agravios: Mis quexas han precedido à las tuyas; pero no intento cumplir contigo con solo un furor inutil. Si quieres saber mi animo, sigueme à casa de Palante, que allá te espero.

SCENA IV.

Britanico y Narciso.

Bri. La creerè, Narciso? Será acertado admitirla por arbitro sobre su palabra, entre su hijo y Britanico? Que dices? ¿No es esta aquella misma Agripina, que, por desdicha mia, casò antes con mi Padre? Y la misma, segun relacion tuya, cortó el curso de los ultimos dias de su vida, creyendo que atrasaban demasiado la execucion de sus designios.

Nar.

Nar. Si Señor, pero no importa, porque sintiendose como tu ultrajada, será empeño suyo restituirte à Junia. Juntad vuestros pesares y vuestros intereses. En vano resonarán en este Palacio tus dolorosos clamores, mientras vean que como rendido, en vez de terror, te contentas con esparcir lamentos. Perderáse todo ese tiempo, y nunca fenecerán tus quexas.

Bri. Ah, Narciso! Bien sabes tú si es mi animo permanecèr en la servidumbre. Bien sabes, si atemorizado de mi caída, renunciè para siempre el Imperio que me estaba destinado; pero tambien sabes que todavia me veo solo. Que los amigos de mi Padre, desalentados con mi desgracia, se mantienen ocultos, sin osar declararse: y que mis pocos años apartan de mi aun à los que interiormente me conservan fidelidad De un año à esta parte q̃ la experiencia me ha dado algun conocimiento de mi triste suerte, ¿veo à mi lado otra cosa, que amigos falsos, testigos perpetuos de todos mis movimientos, que como escogidos por Neròn para este infame comercio, hacen con èl grangeria de mis secretos? No hay remedio, Narciso: à todas horas me venden. Neròn prevee mis designios: no se le oculta ninguna de mis privadas conversaciones; y como tu mismo sabe hasta mis pensamiẽtos mas intimos. ¿Que te parece?

Nar. Que baxeza de animo! A ti, Señor, te toca escoger confidentes leales, y no ser prodigo de tus secretos.

Bri. Bien dices, Narciso; aunque la ciencia de la desconfianza es la ultima que aprende el magnanimo à costa de haber sido engañado mucho tiempo; pero en fin te creo, pues tengo hecho proposito de darte credito à ti solo. Acuerdome que mi Padre me asegurò de tu zelo. Veo que de sus libertos eres el unico que me ha mantenido lealtad, y q̃ tu inceśante vigilancia me ha librado hasta aqui de mil peligros ocultos. Ve pues, y reconoce si el estrago de esta ultima borrasca ha excitado el valor de nuestros amigos. Examina sus semblantes: observa sus conversaciones; y mira si podrè prometerme de ellos el socorro que necesito. Principalmente advertirás con arte, que cuidado ha puesto Neròn en guardar la Princesa. Sabrás si se han serenado sus bellos ojos, y si todavia me será permitido hablarla. Entretanto buscarè à Agripina en casa de Palante, liberto tambien de mi Padre. Voy à irritarla y seguirla, y si puedo, à empeñarme baxo su nombre aun en mucho mas de lo que ella intenta.

ACTO II.

SCENA PRIMERA.

Neròn, Afranio, Narciso y Guardias.

Ner. Esto ha de ser, Afranio: por mas causas que me haya dado, alfin es mi Madre, y quiero desentenderme de sus caprichos, pero à quien no quiero disimular ni sufrir es al insolente ministro que se los fomenta. Los consejos de Palante inficionan à mi Madre, y pervierten a mi hermano Britanico. Ambos

bos le oyen como à Oraculo; y no ſerá mucho, que ahora miſmo eſtèn todos juntos en ſu caſa. Eſto yá es demaſiado, y conviene ſepararle de entrambos. Por ultima vez mandó que ſe alexe, que parta, y que eſta noche no ſe le halle ya en Roma. Ve, y executa eſta orden que tanto importa al bien del Imperio. Tú Narciſo, acercate. Y voſotros (*à los Guardias.*) retiraos.

SCENA II.

Neròn y Narciſo.

Nar. Señor, gracias à los dioſes; la poſeſion de Junia te aſegura oy de todos los demas Romanos. Ya tus enemigos, derribados de ſu vana eſperanza han ido à caſa de Palante à llorar la flaqueza de ſus fuerzas. ¡Pero que veo! Tù miſmo alterado y confuſo demueſtras aùn mas turbacion que Britanico. Que me preſagian eſa profunda triſteza, eſa inquietud y turbacion que advierto en tus ojos? Señor, todo te ſucede proſperamente. La fortuna obedece à tus deſeos.

Ner. No hay remedio, Narciſo. Yo eſtoy enamorado.

Nar. Tù, Señor?

Ner. Un inſtante ha que amo; pero para ſiempre: que digo amar? Idolatro en Junia.

Nar. ¿Tú, Señor, amas à Junia?

Ner. Excitado de un curioſo deſeo la ví llegar anoche à Palacio. Venia triſte: levantaba los ojos al cielo, y aunque bañados en lagrimas, brillaban entre las armas y las hachas encendidas: hermoſa, ſin otro adorno que el ſimple trage de una beldad recien arrebatada del ſueño No te admires, que yo no sè ſi aquel natural deſcuido, las ſombras, las hachas, ſus alaridos, el ſilencio, y el aſpecto feròz de los fieros robadores aumentaban el timido atractivo de ſus ojos. Sea como fueſe, abſorto yo de tan hermoſo obgeto, quiſe hablarla, y perdì la voz, quedando inmovil y paſmado por mucho tiempo. Dexela paſar à ſu quarto, y retireme al mio. Alli à mis ſolas pretendì, pero en vano, borrar ſu imagen de mi fantaſia: tan impresa la tube, que me parecia eſtar hablando con ella. Amaba haſta las lagrimas que yo la hacia verter. Unas veces la pedia perdon; pero yá era tarde. otras alternaba los ſuspiros con las amenazas. De eſta ſuerte ocupado en mi nuevo amor hè paſado la noche ſin el menor deſcanso. Pero dime, Narciſo, ¿no podrá ſer que el eſtado en que la vì me haya hecho formar alguna idea ſuperior à ſu hermosura?

Nar. Pues, Señor, ¿será creible que Junia haya podido ocultarse tanto tiempo à tu viſta?

Ner. No lo sabes? Sea que su encono me imputase la muerte de su hermano, ò que zelosa de la altivez y el retiro quiſiese esconder de mi viſta su tierna hermosura; lo cierto es, que inflexible en su pena, y encerrada en la obscuridad se ha recatado aun de su misma fama. Eſta perseverancia en una virtud tan nueva en la Corte, es la que mas enciende mi paſion. ¿Es poſible, Narciso, que quando no hay Romana, que honrada y desvanecida con mi amor, desde el pun-

to en que llega à confiar de su hermosura, no venga à probar la fuerza de su atractivo en los ojos de Cesar; unicamente la modesta Junia, metida allà en su Palacio, mira como infamia estas honras Huye, y no se digna siquiera de informarse, si es amable Cesar, ò si sabe amar. Dime, es su amante Britanico?

Nar. Señor, eso preguntas?

Ner. ¿Pues en tan pocos años puede conocerse ni aun à si mismo? ¿Conoce ya la fuerza venenosa de un mirar alhagueño?

Nar. No siempre espera el amor à la razon. Señor, no lo dudes; Britanico es amante de Junia. Sus ojos, sin otro maestro que la beldad de la Princesa, han aprendido el uso de las lagrimas. A todos sus deseos sabe yà acomodarse, y no sera mucho que sepa tambien persuadir.

Ner. Que dices? ¿Si tendrá ya lugar en el amor de Junia?

Nar. Señor, no lo sè; pero algunas vezes le he visto retirarse de aqui, disimulando contigo su encono, llorando la ingratitud de una Corte que le abandona, cansado de tu grandeza y de su abatimiento; y yendo agitado de estos, de impaciencia y temor volvia sereno despues de haber visto à Junia.

Ner. Tanto mayor será su desgracia, quanto mas haya sabido agradarla. Su despego le tendria mas cuenta; porque Nerón no sufrirá sus zelos sin venganza.

Nar. Señor, ¿pues que te inquieta? Eso en Junia no habrà sido mas que compadecerle y acompañarle en sus aflicciones. Hasta aqui no ha visto ella otras lagrimas que las de Britanico. Ahora que abre los ojos, mirando de mas cerca el resplandor de tu Magestad, te verá rodeado de Reyes sin diadema, confundidos como su mismo Britanico entre la multitud, todos atentos à tu semblante, y ufanos de que los mires aun por acaso. Pues quando vea todo esto, y que desde tan alto grado de gloria desciendes rendido à sus pies à confesar su vencimiento, ¿como podrá resistirse à tus deseos un alma poseìda de tanta admiracion? Señor, manda que te amen, y seràs amado.

Ner. A quantos pesares, à quantos sinsabores es preciso prepararme!

Nar. Como, Señor! Que te detiene?

Ner. Todo. Octavia, Agripina, Afranio, Seneca, toda Roma, y tres años de virtudes. No porque la mas leve ternura me estreche al casamiento contraìdo con Octavia, ni porque yo compadezca sus pocos años. Ha mucho tiempo que me tienen tan cansado sus desvelos q̃ rara vez se dignan mis ojos de ser testigos de su llanto. Dichoso me llamaria, si un divorcio me librase quanto antes del yugo que me impusieron por fuerza. Los mismos cielos parece que tacitamente se declaran contra ella. En vano les ha dirigido sus importunos ruegos por espacio de quatro años: los dioses no han querido premiar su virtud con alguna muestra de fecundidad. En vano clama el Imperio por heredero.

Nar. Pues, Señor, si el Imperio, si tu aversion, si todo la condena, ¿que haces que no la repudias? Suspira-

ba tu abuelo Augusto por Livia, y se casò con ella, precediendo aquel duplicado y dichoso divorcio, à quien debes tu fortuna. Tiberio, aunque colocado en la familia de Augusto por casamiento, à su misma vista tubo resolucion para repudiar à su hija. ¿Tù, Señor, has de ser el unico que reprimas los deseos, sin atreverte á un divorcio que facilite tus gustos?

Ner. Què, ¿no conoces à la implacable Agripina? Este inquieto amor mio se imagina yà, que iracunda y furiosa me trae consigo à Octavia, y me reconviene con los sagrados derechos de aquel vinculo que fué obra suya. Que no contenta con esto, esgrime contra mi otras mas fuertes armas, y me refiere por extenso todas mis ingratitudes. ¿Que sufrimiento habrà para lance tan enfadoso?

Nar. Ah, Señor! ¿Pues tù no eres dueño de tí mismo, y aun suyo? Siempre te verémos medroso, y sometido à su tutela? Vive, reina por ti mismo; que ya sobra lo que Agripina ha reinado en tu nombre. La temes? Pues no temerla. Ya desterraste ahora al soberbio Palante, cuya audacia estrivaba en el favor de tu Madre.

Ner. Es verdad, Narciso. Quando no estoy à su vista, mando y amenazo. Oigo tus consejos, y los apruebo. Excitome contra ella, y procuro, despreciarla; pero te dirè desnudamente la verdad. Apenas mi desgracia me la pone delante, quando ya sea porque no me resuelvo à desmentir el poder de sus ojos, en que tanto tiempo he leìdo mi obligacion, ò porque la memoria de sus beneficios haga que la rinda en secreto todo lo que he recibido de su mano; al fin son inutiles mis esfuerzos, y asombrado de mi propio, no puedo sin temblar ponerme delante de mi Madre. Solo por verme libre de este embarazo, huyo siempre de su vista. La ofendo, irrito de quando en quando sus enojos, procurando de esta suerte que me dexe, al mismo paso que huyo de su presencia. Pero esto ya es detenerte demasiado. Retirate, Narciso, no demos lugar à que Britanico sospeche.

Nar. No hay que tener ese recelo, Señor. Britanico està entregado à mì enteramente; y crèe que de su orden he venido à verte, y à informarme de lo que importa. De mì quiere saber tus secretos, y espera impaciente que mi diligencia le facilìte el alivio de vér à su amada Junia.

Ner. Yo lo permito. Llevale esa gustosa noticia. Dile que la verà.

Nar. Señor! Alexale de su vista.

Ner. Yo me entiendo, Narciso. No creas que consiga de mì à poca costa esa satisfaccion. Lo que has de hacer es encarecerle tu astucia, diciendole que por servirle, yo mismo soy engañado, y que la vè sin mi noticia. Pero ya abren, y ella viene. Vète à traer à Britanico.

SCENA III.

Neròn y Junia.

Ner. Que turbacion es esa, Señora? ¿Por q̃ te has demudado? ¿Has visto en mis ojos algun triste presagio?

Jun. Señor, dirè la verdad. A Octavia bus-

buscaba, no al Emperador.

Ner. Bien lo sè: no sin envidia veo quanto te debe la dichosa Octavia.

Jun. Tú, Señor...

Ner. ¿Piensas que solo ella te mire aqui con cariño?

Jun. A què refugio me acogerè sino al suyo? ¿De quien sabrè la culpa q̃ no hè cometido? Tu, Señor, que la castigas, no puedes ignorarla. Dime te ruego ¿quales son mis delitos?

Ner. Es poco el haberte ocultado tanto tiempo de mi vista? ¿Acaso ese tesoro de hermosura con que el cielo quiso enriquecerte, le recibiste para sepultarle? Solo el dichoso Britanico ha de lograr sin zozobra el aumento de su amor, el de tu belleza? ¿Porquè me has privado hasta aquì de esta dicha? ¿Por què me has tenido con impiedad desterrado en mi propia Corte? Pero esto no es lo mas, quando oigo decir que sin darte por ofendida has sufrido que Britanico te declare su inclinacion: aunque yo no puedo creer que sin consultarlo conmigo, haya pasado la severa Junia à esperanzarle, ni que haya venido en amar y en ser amada, sin que Neròn lo sepa por otra parte q̃ por la fama.

Jun No negarè, Señor, que Britanico se ha dignado alguna vez de explicarme sus deseos, y que ha puesto en mi los ojos, como en unica reliquia del destrozo de una ilustre familia, acordandose de que en tiempo mas feliz me destinò su Padre para obgeto de su amor. Si me ama, al Emperador su Padre obedece, y me atrevo à decir, q̃ aun à tì y à tu Madre. Con su voluntad, Señor, te conformas de tal suerte que...

Ner. Ah! Señora, mi Madre tiene sus ideas, y yo tengo las mias. Dexemonos de Claudio y de Agripina, q̃ yo no me gobierno por su eleccion. A mi me toca responder de tu persona, quiero darte esposo de mi mano.

Jun Mira, Señor, que qualquiera otra alianza serà en afrenta de los Cesares, mis ascendientes.

Ner. El esposo que digo, puede sin verguenza juntar sus abuelos con los tuyos. Bien puedes admitir sin escrupulo sus ardientes deseos.

Jun. ¿Pues quien es ese esposo?

Ner. Yo, Señora.

Jun. ¡Tù!

Ner. Si yo conociese superior à Neròn, le hubiera nombrado para q̃ le aceptases sin repugnancia: pero por mas que he recorrido à Roma y al Imperio: por mas que he buscado y busco todavia à quien podrè confiar ese tesoro, hallo que Cesar, digno solamente de servir à Junia, debe ser el unico y dichoso depositario; y que no puede dignamente confiarla à otras manos, que à las que ha entregado Roma el imperio del mundo. Acuerdate de tus primeros años, y veràs que si Claudio te destinò para su hijo, fuè quando creìa poderle dexar en herencia el Imperio del orbe. Despues han decidido los dioses; y si no quieres resistir à sus decretos, debes seguir el mismo rumbo que el Imperio. En vano el cielo me habria elevado à tanta dignidad, si hubiese de estar separada de tu amor: si en el pesado afan del gobierno me faltase el alivio de tu dulce compañia; si mientras dedi-

co al desvelo y à la inquietud tantos dias, ſiempre dignos de laſtima y ſiempre envidiados, no pudiese alguna vez respirar à tus pies de tantas fatigas. No te embaraze Octavia. Roma ſiguiendo mis deſeos la repudia, y me obliga à romper un lazo que no quiere aprobar el cielo. Consideralo bien, y verás que eſta eleccion es digna de la ſolicitud de un Principe que te adora: digna de tus bellos ojos tanto tiempo cautivos: digna en fin del universo, à quien no debes negarte.

Jun. Admirada quedo, Señor, y es razon que me admire ver que en un ſolo dia me traen como delinquente à tu Palacio, y que quando llego medrosa à tu viſta caſi desconfiada de mi propia inocencia, me ofreces de repente no menos que el miſmo lugar de Octavia. Sin embargo, me atreverè à responder, que no merezco tanta honra, ni tanta afrenta. ¿Cabe, Señor, en ti desear que una iluſtre doncella, que caſi desde la cuna viò extinguir su familia, y que encerrada en su retiro, alimentando su propio dolor, ha hecho virtud de su misma desgracia, ſalga repentinamente de recluſion tan tenebrosa, y se exponga à la viſta del mundo en un trono, cuyo resplandor no ha podido ſufrir ni aun de lexos, y en fin cuya mageſtad eſtà ocupada por otra?

Ner. Ya he dicho que la repudio. Señora, menos temor, ò menos modeſtia, y no culpes mi eleccion con nombre de ceguedad. Conſiente, q̃ yo respondo por ti. Acuerdate de tu nacimiento, y no dexes la gloria de eſtos honores por la de un desprecio, ſugeto al arrepentimiento.

Jun. El cielo, que penetra el fondo del alma, ſabe quan poco es el eco que hace en mì toda eſa vana pompa. Bien conozco la grandeza de tus dones; pero quanto mas luſtre alcanzase con ellos, tanto mayor ſeria mi verguenza; y tanto mas patente el delito de haberlos usurpado à la legitima heredera.

Ner. ¿Pues à que mas podria empeñarte una intima amiſtad? Eso ya es mirar demaſiado por Octavia. Hablemos claro. Yo creo que en esa compoſicion mas parte tiene el hermano que la hermana. Britanico...

Jun. Es verdad q̃ ha ſabido agradarme, y que aſi lo he manifeſtado. Yo lo confieso, y conozco que ſerà indiscrecion hablarte con eſta claridad; pero, Señor, mi lengua no puede dexar de ser fiel interprete del corazon. Como he vivido ſiempre ſeparada de la corte, nunca creì que me fuese necesario aprẽder el arte de fingir. Yo amo à Britanico; y aunque es cierto, que le fui deſtinada quando nueſtro caſamiento y el Imperio se juzgaban inseparables, tambien lo es que las mismas desgracias que hicieron ilusorias aquellas ideas; ſus honores ſuprimidos, ſu Palacio deſierto, ſus parciales y amigos ahuyentados despues de su caida, ſon otros tantos nudos que mas le eſtrechan conmigo. Tù, Señor, adonde quiera que vuelvas los ojos, no vès ſino felicidades que se anticipan à tus deseos. No amanece dia que para tí no ſea ſereno y delicioso.

Es

Es para tí el Impèrio una fuēte perenne de placeres, y apenas algun pesar los interrumpe, quando todo el universo, cuidadoso de conservarlos, se apresura à borrartele de la memoria. Britanico al contrario, se vè solo, y por mas afligido que se halle, Junia solamente le compadece, sin poder darle otro consuelo que el de algunas lagrimas que sirven para mitigarle sus penas.

Ner. Pues ese consuelo, esas lagrimas son las que yo envidio, y las que costarian la vida à qualquiera otro que no fuese Britanico; pero el me debe que le trate con mas blandura, y ahora mismo verás que viene à tu presencia.

Jun. ¡Oh, Señor! No en vano confiè siempre de tus virtudes.

Ner. Bien pudiera yo impedirle que te viese; pero quiero escusarle el peligro a que le expondria esta pena. No es mi animo perderle. Mejor serà que pronunciandole tu su sentencia, la oiga de la misma boca de quien èl adora. Si aprecias su vida apartale de tí sin que entienda mis zelos. Recaiga sobre tì el agravio de esta separacion; y ya sea con tus palabras, con tu silencio, ò à lo menos con tu despego, hazle entender que busque otro obgeto à sus deseos y à sus esperanzas.

Jun. ¿Yo, Señor? ¿Yo he de pronunciar contra èl una sentencia tan rigurosa? ¿Yo, que mil veces le he jurado lo contrario? Aun quando fuese posible vencerme hasta ese extremo, y hacerme à mi esa traicion, mis propios ojos estorvarian que Britanico me obedeciese.

Ner. Pues ello ha de ser: mira como puedes encerrar el amor en lo mas intimo del alma. Aqui me quedo oculto: observarè todos tus movimientos, penetrarè hasta el mudo lenguage de los ojos; y la seña mas leve, el suspiro mas disimulado con que favorezcas à Britanico le costará su total ruina.

Jun. ¡Ah, Señor! Si en este conflicto hay en mi capacidad para desear alguna cosa, permiteme que jamás le vea.

SCENA IV.

Neròn, Junia y Narciso.

Nar. Señor, ya llega Britanico y pregunta por la Princesa.

Ner. Que venga.

Jun. ¡Señor!

Ner. Yo me aparto. Su fortuna mas que de mi depende de tì misma. Acuerdate de que estoy à la vista.

SCENA V.

Junia y Narciso.

Jun. Narciso, aprisa, vè y advierte à Britanico... pero ay de mí! Ya no es tiempo.

SCENA VI.

Junia, Britanico y Narciso.

Bri. ¿Señora, que dicha es la que me vuelve à tu presencia? ¿Es posible que gozo de tan dulce compañia? ¡Pero ay infeliz! Que dolor es el q̄ te aflige? ¿Que pesar es ese que turba mi gozo? ¿Es acaso esta la ultima vez que he de verte? ò habrè de alcanzar à costa de mil cautelas una felicidad que me concedias à todas horas. ¡O funesta noche! Inhumana sorpresa! Dime, Junia, tus lagrimas,

mas, tu hermosura no desarmaron la insolencia de aquellos crueles? Adonde estaba yo entonces? Que espiritu envidioso me negò, que en defensa de mi Junia tubiese la dicha de morir delante de sus ojos? Que dolor! Aliviale, Princesa mia. Dime, ¿enmedio de aquel espanto merecì que en secreto me dirigiesses algun suspiro? Fui por ventura digno de que tu beldad me echase menos? Pensabas en la pena que me habia de costar este amargo suceso? No me respondes? ¿Que ẽcogimiento tan elado es ese? ¿Asi consuelan tus ojos mi desgracia? Habla, que solos estamos. Nuestro enemigo, ageno de mi arrojo, estará por otra parte ocupado. No desperdiciemos los instantes de ausencia tan venturosa.

Jun Aqui todo respira su poder. Estas mismas paredes pueden tener ojos. Nunca el Emperador se alexa de este sitio.

Bri. ¿Desde quando tan temerosa? ¿Desde quando tu amor sufre sugecion? ¿Donde está aquel animo resuelto con que siempre me jurabas hacer envidiar nuestra union al mismo Cesar? Ea, Señora, destierra ese vano temor. Todavia me quedan algunos amigos, en cuyos semblantes conozco que aprueban mi justo despecho. Agripina se pone de nuestra parte y aun Roma ofendida de la conducta de Neron..

Jun. Britanico, mira lo que dices, que eso es contrario à lo que sientes. Tù mismo, tu me has confesado mil veces, que la voz comun de Roma eran sus alabanzas, y siempre rendiste algun respeto à su virtud. Sin duda que ese lenguage te le dicta el dolor.

Bri. Pasmado me dexas: no venia yo á oir de tu boca sus elogios. ¿Es posible que quando me valgo de este momento favorable para explicarte el dolor que me aflige, gastes tu este preciso momento en alabar al enemigo de quien me veo oprimido? ¿Quien te ha trocado tanto en tan corto tiempo? Por instantes crece mi admiracion. ¿Aun tus ojos han aprendido à callar? ¿Ya temes que se encuentren con ellos los mios? ¿Si te habrà agradado Neròn? ¿Si será odioso Britanico? ¡Ah que pena! Si yo lo imaginase. Señora, por los dioses te ruego que me saques de la turbacion en que me tienes. Hablame, dime, ¿Britanico no tiene ya lugar en tu memoria?

Jun. Retirate, que viene el Emperador.

Bri ¡Ay, Narciso! ¡Que deberè esperar despues de un golpe tan terrible!

SCENA VII.

Neròn, Junia y Narciso.

Ner. Señora...

Jun. No, Señor, no puedo escucharte. Yá quedas obedecido. Dexa siquiera correr estas lagrimas en ausencia de Britanico.

SCENA VIII.

Neròn y Narciso.

Ner. Ya has visto, Narciso, que la violencia de su amor ha mostrado hasta en el silencio. A Britanico ama; y pues esto ya no tiene duda, à lo menos quiero vengarme en abultar su desconfianza, y aun hacerle

que

que desespere del amor de Junia. Yo me deleito con el vivo dolor de mi hermano, y con haber visto que ya empieza à dudar del amor de la Princesa. Voy siguiendola. Mi competidor te espera para prorumpir contigo en tristes sollozos. Vè pues, y con nuevas sospechas dale nuevo tormento. Mientras q̃ à mi propia vista le lloran, y es adorado, haz que le cueste cara esta dicha que no conoce.

Nar. solo. Segunda vez te llama la fortuna, Narciso. ¿Por que has de hacerte sordo à su voz? Sigamos hasta el fin sus favorables disposiciones, y hagamonos dichosos à costa de los desdichados.

ACTO III.

SCENA I.

Neròn y Afranio.

Af. Señor, Palante obedecerà.

Ner. ¿Y con que semblante ha visto Agripina confundido su orgullo?

Af. No dudes, Señor, que la hiera este golpe, y que no podrà sufrir su dolor sin prorumpir agriamente contra tì. Ya empiezan a reventar los impetus furiosos que hasta aqui he reprimido Quiera el cielo que no pasen de quexas ineficaces.

Ner. ¿Pues què la juzgas capaz de concebir contra mi algun designio?

Af. Señor, Agripina siempre es temible. Todavia Roma y el Exercito reverencian la memoria de sus abuelos, y tienen muy presente à Germanico su Padre. Tú conoces su espiritu, y ella no ignora su autoridad. Y lo que aumenta mas mi temor es, que tu mismo das fomento à su ira, y la subministras armas contra ti propio.

Ner. Yo?

Af. Ese amor de que estás poseido...

Ner Afranio, basta. Este mal no tiene remedio. Yá me he reconvenido à mi mismo aun con mucho mas de lo que tu puedes decirme, y veo que no puedo vencerme.

Af. Tu lo imaginas, Señor. Satisfecho de qualquiera resistencia, te parece ya incurable una enfermedad que ahora empieza; pero si resueltamente redugeses tus deseos à lo justo, cortando toda comunicacion con tu enemigo: si te acordases de la gloria de tus primeros años: de las virtudes de Octavia, dignas de mejor tratamiento: de su amor casto y vencedor de tus desprecios, y en fin, si evitando la presencia de Junia, condenases tus ojos à no verla por algun tiempo, creeme, Señor, por mas poderosa que te parezca esa pasion, que solo con quererla vencer se vence.

Ner. Quando en alguna revolucion convenga conservar la gloria de nuestras armas, ò quando en el Senado se trate del destino del Imperio, entonces seguirè ciegamente tus consejos, y lo confiarè todo à tu experiencia; pero el amor, Afranio, es ciencia aparte, y tendria yo por abatimiento de tu severidad emplearla en materias amorosas. Adios, que no vivo estando ausente de Junia.

SCENA II.

Afranio solo.

Af. En fin, Afranio, ya Neròn empieza à descubrir su genio. Aquella fero-

ferocidad que tu creiste poder reprimir, está ya para arrebatar de tu debil mano las riendas con que le contenias. ¡En que precipicios temo que se despeñe! ¡Oh dioses! ¡Que harè en caso tan peligroso! Seneca que podria valerme, ausente de Roma, ignora este riesgo. ¿Pero que? No pudiera yo, avivando el amor de Agripina... mas ella viene, mi dicha me la trae.

SCENA III.

Agripina y Afranio.

Agr. Y ahora que me dirás, Afranio? Eran erradas mis sospechas? ¿Es este el fruto de los sabios consejos, con que tanto te señalas? En fin Palante sale desterrado, acaso sin otro delito que el haber colocado à Neròn en el trono. Bien lo sabes. Claudio nunca le hubiera adoptado, si Palante que le dominaba no lo hubiese dispuesto. ¿Y què, no mas? A Octavia se la dà competidora, y à Neròn se le exime de la fé conjugal. ¡Que digno empleo de un ministro enemigo de los lisongeros, y escogido para moderar los ardores juveniles de Neròn! Que digno empleo! ¡Esforzarlos por si mismo, y sembrar en su alma el desprecio de su Madre, y el olvido de su muger!

Af. Señora, muy presto me acusas. Tu hijo hasta aqui puede ser disculpable. Si Palante sale desterrado, mucho tiempo ha que lo tiene merecido su soberbia. Neròn en esto no hace otra cosa, q̃ cumplir à su pesar, lo que toda la Corte pedia en secreto. Lo demàs es un mal q̃ tiene remedio, y no faltarà modo de enjugar las lagrimas de Octavia. Template, Señora. Los medios suaves seran mas acomodados para atraerle al amor de su esposa; y al contrario, las ruidosas amenazas solo produciràn mayor irritacion.

Agr. Ah! En vano es pretender que yo calle. Ya veo que mi silencio te dá mas osadia para despreciarme: y no debe Agripína respetar tanto à su propia hechura. No, Palante no se lleva consigo todo mi recurso. Todavia me queda en Roma el que basta para vengar mi injuria. Ya empieza Britanico à conocer aquellos delitos, de q̃ solo me queda el arrepentimiento. Yo irè à ponerle delante del exercito: llorarè su oprimida infancia à vista de los soldados, y les harè que à exemplo mio enmienden el error cometido entõces. Veràse de una parte à la hija de Germanico, y al hijo de un Emperador que pide se le guarde la fé jurada à su familia. De la otra se verá al hijo de Enobarbo sostenido de Seneca, y del Tribuno Afranio, que habiendo sido ambos llamados por mi misma de sus destierros, dividen à mi vista entre sì la autoridad suprema. Todos han de saber nuestras comunes maldades, y los medios injustos con que dispuse la exaltacion de mi hijo. Y para hacer odioso su poder y el vuestro, confirmarè los mas injuriosos rumores. Lo confesarè todo, destierros, asesinatos, el mismo veneno...

Af. Serà en vano, Señora; porque no te daràn credito, y sabran recusar el injusto ardid de un testigo que se acusa à si mismo. Yo, que fuì el primero que ayudè tus designios, y que aun hice jurar la obediencia

al exercito en manos de Neròn, no me arrepiento de mi zelo. En fin, Señora, el es un hijo succesor de su padre, y en el mismo acto de adoptarle confundiò Claudio el derecho de su hijo y del tuyo. Roma le pudo elegir, asi como eligiò justamẽte à Tiberio, adoptado por Augusto, excluyendo al joven Agripa, q̃ pretendiò en vano la preferencia. Tu no puedes debilitar ahora este legitimo poder de Neròn, fundado sobre cimientos tan solidos; y si èl quiere seguir mi consejo; espero que con su bondad te obligue à pensamientos mas benignos Ya he dado principio à este intento, y voy à proseguirle.

SCENA IV.

Albina y Agripina.

Alb. O Señora, ¡y quanto te arrebata esa furia! Quiera el cielo que Neròn no lo penetre.

Agr. O! Si el cielo quisiera ponermele delante.

Alb. Por los dioses supremos q̃ te moderes. ¿Es posible que quieras sacrificar tu reposo à los intereses de Octavia y de Britanico? ¿Que quieras sugetar hasta el amor de Cesar?

Agr. Que; ¿no vès hasta donde pretenden abatirme? No vès que à esta competidora contra mi solamente la preparan; y que si no procuro quanto antes desbaratar esta union, verè ocupado mi puesto, y deshecha mi autoridad? Hasta aqui Octavia inutil para la Corte, y reducida al honor de un vano titulo, ha vivido ignorada. Las gracias y las horas repartidas unicamente à su arbitrio me sometian todos los ambiciosos deseos de los mortales; pero ya Junia, dominante en el corazon de Cesar, tendrá con èl todo el poder de dama y consorte. El fruto de tantos desvelos, la pompa de los Cesares, todo vendrá à ser el precio de una mirada suya. Todos huyen de mi, y ya desamparada... ¡Que pena! Ni aun puedo sufrir el imaginarlo. Aunque me fuese preciso apresurar el decreto fatál del cielo, Neròn, el ingrato Neròn... Pero aqui viene Britanico.

SCENA V.

Britanico, Agripina, Narciso y Albina.

Bri. Señora, nuestros enemigos no son invencibles. Las desgracias que nos persiguen despiertan la compasion de algunos animos generosos. Tus parciales y los mios, ocultos hasta ahora, mientras perdimos el tiempo en quexas inutiles, animados ya de la colera que excita la injusticia, acaban de confiar à Narciso su sentimiento. Todavia no posee Neròn pacificamente à la ingrata, que adora con agravio de mi hermana: y si mantienes el dolor de la ofensa que se hace à Octavia, espero que el perjuro pueda ser reducido à su obligacion. La mitad del Senado està de nuestra parte. Syla, Pison, Plauto...

Agr. ¿Principe, que dices? ¡Syla, Pison, Plauto! ¿Los magnates de la nobleza!

Bri Parece que te disgusta; y que tu enojo irresoluto y asustado siente ya conseguir lo mismo que deseaba. No te sobresaltes: no temas el arrojo de los amigos que no tengo. Ha mucho tiempo que tu sagacidad

supo seducirlos à todos, ò alexarlos de mi. No, Señora, no temas: bien profundos son los cimientos que supistes echar à mi desgracia.

Agr. Si sabes que nuestra conservacion depende de nuestra amistad, ¿como recelas de mi tan ligeramente? Yo lo he prometido: esto basta, y à pesar de tus enemigos sabrè cumplir mis promesas. En vano el malvado Neròn huye de mi colera, pues al fin será preciso que escuche à su Madre. Entonces para reducirle, usarè mañosamēte, ya de la fuerza, ya de blandura; y quando esto no baste, yo misma sacarè conmigo à Octavia y harè publico mi temor y su conflicto: harè que todos los animos sean parciales de sus lagrimas; y en fin sitiarè à Neròn por todas partes. Tu entre tanto no te pongas en su presencia.

SCENA VI.

Britanico y Narciso.

Bri. Narciso, ¿es cierto lo q̄ me dices? ¿Puedo tener alguna esperanza?

Nar. No hay duda, Señor; pero este parage no es à proposito para secretos de tanta importancia. Salgamos de aqui. ¿Que esperas?

Bri. ¡Ah! Narciso. ¿Que espero?

Nar. Habla, Señor.

Brit. Si por tu medio pudiese yo ver otra vez. .

Nar. ¿A quien?

Brit. Repugnancia me cuesta. Si yo lograse vèr à Junia, esperaria con menos zozobra mi destino.

Nar. Pues Señor, ¿todavia confias en ella, habiendote yo informado de su ingratitud?

Brit. No, Narciso, no confio, antes bien la creo ingrata, culpable y digna de mi enojo; pero à mi pesar conozco que no lo creo tanto como debiera, y que mi ciega pasion, buscando razones q̄ la justifiquen, la disculpa y la idolatra. Quisiera vencer mi incredulidad; pero quisiera tambien aborrecerla tranquilamente. Y à la verdad, Narciso, ¿como es facil creer que su noble corazon enemigo desde la infancia de esta fementida Corte abandone el timbre que hasta aqui ha conservado, y que en un solo dia sea capáz de tan inaudita perfidia?

Nar. ¿Y quien sabe, Señor, si la ingrata, allá en su retiro, meditaba ya la conquista de Neròn? ¿No podria ser que previendo la dificultad de ocultar su hermosura, la escondiese con arte para ser pretendida, excitando asi el deseo de Neròn à la dificil empresa de rendir una altivèz invencible?

Brit. ¿Con que no podrè verla?

Nar. ¿Còmo, si ahora mismo està recibiendo los obsequios de su nuevo amante?

Brit. Pues vamos, Narciso. ¿Pero què veo? Ella es; ya llega.

Nar. Demos esta noticia al Emperador. *ap.*

SCENA VII.

Junia y Britanico.

Jun. Retirate, Britanico; huye la ira, que enciende contra ti mi constancia. Neròn està furioso. Yo he podido apartarme, y valerme de este instante mientras su Madre le detiene. A Dios, Britanico; no hagas agravio à mi amor: reservate, para lograr en otro tiempo mas favorable el gusto de vèr justificada mi ino-

inocencia. Tu imagen está impresa en el alma, y nada será bastante para borrarmela de ella.

Bri. Ya, Señora, ya penetro tu intencion. Tú quieres que mi ausencia facilite tus deseos, y que dexe el campo libre à tu nuevo amante. Mi vista te causa una interior verguenza que perturba tu gozo. Ya veo que es preciso dexarte.

Jun. Sì, pero sin culpar...

Bri. ¡Ah Señora! A lo menos pudieras haberte resistido algun tiempo. Yo no estraño que una amistad de las comunes se pase al partido que lisongea su fortuna; no admiro que te haya deslumbrado el resplandor del Imperio, ni que quieras gozar de su blando halago à costa de mi hermana; pero que estando Junia ocupada, como otra qualquiera, de estas grãdezas, me haya tenido tanto tiempo en el error de que las despreciaba; esto, Señora, me pasma, y confieso que cercado de desdichas, esta era la unica que nunca cupo en mi recelo. He visto erigirse la injusticia sobre mi ruina, y al mismo cielo còmplice con mis enemigos. Tantos horrores no habian llegado à saciar su ira: faltabame solo que Junia me olvidase.

Jun. ¡Ah Britanico! Y como mi justo enojo te haría arrepentir de esta desconfianza en otro tiempo menos turbado; pero Nerón te amenaza, y en riesgo tan inminente no es razon que trate de afligirte, quien piensa solamente en tu consuelo. Vete, Señor; confia de mi, y no hagas à mi amor tal injusticia. Nerón nos escuchaba, y me mandò que fingiese.

Brit. Cómo! El cruèl...

Jun. Testigo fue de quanto hablamos. Con aspecto ceñudo observaba mi semblante, y estaba dispuesto à vengar en ti la seña mas leve de nuestra inteligencia.

Brit. ¡Que Nerón nos oìa! ¡Ay desdichado! ¿Pero aun asi no pudieran tus ojos haber fingido de modo que yo lo conociese? ¿No pudieran haberme dicho el Autor del artificio? ¿Acaso el amor es mudo, ò està reducido à un solo lenguage? ¡De quanta turbacion me pudiera haber librado una mirada tuya! Era necesario...

Jun. Sì, necesario era callar para librarte. ¡Quantas veces quiso mi pecho informarte de la agitacion en q̃ estaba! ¿Quantas veces, haciendo retroceder mis suspiros casi desde los labios, huyeron mis ojos de los tuyos, al mismo tiempo q̃ los buscaban? ¡Que tormento! ¡Callar à vista del amante! ¡Verle afligido y aumentar su pena, quando pende el alivio solamente de mirarle! ¿Pero q̃ desconsuelos hubiera traìdo este alivio? Tan turbada, tan inquieta me tenia esta imaginacion, que aun juzgaba poco mi disimulo. Temia que la palidéz del semblante y la ternura de los ojos publicasẽ mi dolor. Pareciame à cada instante que salia ya Nerón a reprender el demasiado cuidado que ponia en agradarte. En fin, Señor, tal era mi sobresalto, que hubiera querido no haber amado nunca. Nerón lo sabe todo, nada ignora de nuestro amor, y asi conviene q̃ huyas de su vista. Tiempo habrá en que yo pueda revelarte otros muchos secretos.

Brit. ¡Ah, Señora! Eso basta. Mi dicha, tu bondad, mi delito, todo lo conozco. ¿Pero dime, amada Princesa, sabes lo que abandonas por mi?

De rodillas.

¿Como podrè yo enmendar el agravio hecho à tu constancia?

Jun. Señor, ¿que haces? ¡Ay infeliz! Neròn viene.

SCENA VIII.

Nerón, Britanico y Junia.

Ner. Prosigue, Britanico, prosigue esas rẽdidas demostraciones. Junia, pues que le hallo à tus pies, no serà mucho inferir tu benignidad de su agradecimiento, pero tambien à mi debiera darme gracias, quando teniendote yo en mi Palacio le facilito tan dulces coloquios.

Brit. En qualquiera parte que Junia se digne permitirlo, puedo ofrecer à sus pies mis males ò mis bienes. ¿Què tiene para mi de nuevo este Palacio, que has hecho ya carcel suya?

Ner. ¿Acaso hay algo en èl, que no te advierta el respeto y obediencia que se me debe?

Bri. En él nos criamos juntos, yo para obedecerte y tu para insultarme; pero no sè que estas paredes quando nos vieron nacer imaginasen que habia de llegar un tiempo, en que Domicio me hablase como Soberano.

Ne. Asi quiso la suerte trocar aquellos destinos. Obedecia yo entonces, y tu tambien obedecias. Si despues no has aprendido à gobernarte, todavia eres mozo, y tendrá lugar la enseñanza.

Brit. ¿Y quien será el que me enseñe?

Ner. El Imperio todo: Roma...

Bri. ¿Acaso Roma te dá derecho para la suma crueldad, la injusticia, la violencia, las prisiones, el robo y el divorcio?

Ner. Roma no se mete en examinar lo que yo quiero ocultarla; imita tu su respeto.

Brit. Roma bien lo conoce.

Ner. Pero calla á lo menos; imita tu su silencio.

Brit. Asi empieza Neròn à soltar las riendas à su ferocidad.

Ner. Y asi empieza tambien à cansarse de tu insolencia.

Brit. ¿Este es el reinado feliz, sobre que habian de llover bendiciones?

Ner. Feliz, ó infeliz, soy temido; y esto basta.

Bri. No, pues ese camino me parece que no es el mejor para agradar à Junia.

Ner. Si no supiese agradarla, sabrè castigar tu temeraria competencia.

Brit. A mi ningun peligro, ningun enojo sino el suyo me asusta.

Ner. Pues contentate con desearla, que hasta eso ya te permito.

Brit. Solo aspiro à la dicha de complacerla.

Ner. Esa ya la tienes; ya te ha prometido para siempre su agrado.

Brit. A lo menos yo no acecho sus conversaciones; la dexo hablar libremente, y no me escondo para estorbarselo

Ner. Ya lo entiendo. Guardias.

Jun. Señor, ¿que haces? Mira que es tu hermano. ¡Ay de mi! Mira que es un amante zeloso, y acosado de mil desgracias. ¿Què fortuna es la suya, para que tu la envidies? Si puede serlo mi amor, permite que apar-

tan-

tandome de ambos, vaya à ser contada en el numero de las Vestales, para que mi ausencia ponga fin à vuestras discordias. No le dispures mi malograda inclinacion: dexa que mis votos importunen solamente à los dioses.

Ner. Estraña y repentina resolucion. Guardias, llevadla à su quarto, y asegurad à Britanico en el de Octavia.

Bri. A si sabe Nerón disputar el amor.

Jun. Principe, cedamos à su furor: no le irritemos.

Ner. Presto, Guardias.

SCENA IX.

Afranio y un Guardia.

Af. Cielos, ¿que veo?

Sin vèr à Afranio.

Ner. Con doble fuerza ha renacido el amor en ambos. Esta es obra de Agripina: su retiro y su astucia me han puesto en este terrible trance.

Al Guardia.

Mira si está mi Madre en Palacio. Afranio, que la aseguren, y la pongan mi guardia en lugar de la suya.

Af. ¡Como Señor! ¿A tu Madre, y sin oirla?

Ner. Basta, Afranio. Yo no sè qual es tu intencion, pero sè que de algun tiempo a esta parte te has hecho un fiscal riguroso de todos mis deseos. Tu me has de responder de mi Madre, ò lo encargarè a quien sepa responderme de su persona y la tuya.

ACTO IV.

SCENA I.

Agripina y Afranio.

Af. Ya, Señora, podrás disculparte despacio con tu hijo. Cesar quiere escucharte, y para esto sin duda te detiene en Palacio. Yo en todo caso seria de parecer, que olvidandote de sus ofensas, y preparandole los brazos, tomases antes el partido de tu disculpa, que el de su acusacion. Bien vès que es el unico objeto de Roma, y que aunque sea tu hijo y aun tu hechura, al fin es tu Soberano, y estás como nosotros sugeta al mismo poder que le diste. Bien sabes, Señora, que la Corte ò se desvia de tì ò te obsequia segun el desvio ò el aprecio con que te trata Cesar. Su gracia es lo que todos buscan, quando imploran la tuya. Pero ya llega.

Agr. Que nos dexen solos.

SCENA II.

Neròn y Agripina. Al tiempo de sentarse.

Ag. Acercate Nerón, toma asiento, y atiende, ya que me obligan à satisfacer à tus sospechas. Para ello, como ignoro de que delito se me acusa, habrè de referirte todos los que he cometido. Tu reinas. No ignoras quan lexos naciste de poder aspirar al Imperio, y que sin mì nada hubiera valido el derecho de mis abuelos, que despues ha ratificado Roma. Quando con la muerte dada à la Madre de Britanico se hizo el consorcio de Claudio, objeto de tantos deseos ambiciosos, y quando tantas hermosuras se disputaban vivamente la preferencia, solicitando à porfia los votos de sus libertos, apetecì su lado sin otro fin que el de elevarte al mismo Trono, en que yo pretendia sentarme. Humillè mi soberbia: suplique à Palante: aca-

acariciè à todas horas à Claudio, hasta que prendiò el fuego amoroso, que deseaba encender en aquel corazon su misma sobrina. Como este parentesco era nuevo embarazo, y Claudio, teniendolo por ilicito no se determinaba à casar con la hija de su hermano; supe ganar al Senado, y una ley menos severa trajo à Claudio à mi lecho, y puso à Roma à mis plantas. Esto para mi era mucho: para ti nada. Te introduxe en su familia: te nombrè su yerno: te dì à su hija à costa del infeliz amor de Silano, que despechado señalò aquel triste dia con su muerte. Pero aun esto era poco. ¿Hubieras tu jamàs soñado que Claudio, entre un hijo y un yerno, se llegase à declarar por el ultimo? Estrechè à Palante: à instigacion suyo te adoptò Claudio: te hizo llamar Nerón, y anticipadamente te quiso dar parte en el poder supremo. Entonces fuè quando trayendo à la memoria las cosas pasadas, penetraron todos mi ya adelantado designio. Entonces la amenazada desgracia de Britanico excitò la murmuracion de los amigos de su Padre. Mis promesas deslumbraron à los unos, y el destierro me librò de los mas sediciosos. El mismo Claudio, vencido de mi continua importunacion, apartò de su hijo à todos los que zelosos y empeñados en seguir su fortuna podian abrirle nuevamente el camino del Trono. Hice mas: saquè de entre mis libertos los que habian de educarle; y al contrario, para tus ayos escogì las personas que mayor credito tenian en Roma. Desprecié las pretensiones, y escuchè solamente à la fama. Llamè del destierro, y saquè del exercito à estos mismos Seneca y Afranio, ques despues .. Roma entonces honraba sus virtudes. Al propio tiempo agotaba yo por mi mano las riquezas de Claudio, derramandolas prodigamẽte en tu nombre. El cebo eficàz de los espectaculos, y de los dones te ganaban los animos del Pueblo y la Milicia; y despertando con esto el antiguo amor de los soldados, creìan favorecer en ti à Germanico mi Padre. Claudio, que ya decaia, ciego de tantos años, abriò al fin los ojos y conociò su yerro. Estrechado de sus temores, no pudo contener algun lamento hàcia su hijo. Quiso juntar sus amigos; pero tarde y en vano, porque sus Guardias, su Palacio y su lecho todo me obedecia. Dispuse que consumiese inutilmente su cariño, y me hice dueño de sus ultimos suspiros. Con pretexto de no afligirle apartè de su vista las lagrimas de Britanico. Muriò. ¿Que no se dixo y se creyò de mi entonces? Procurè ocultar algun tiempo su muerte, y mientras Afranio iba secretamente à ganar para ti el juramento del exercito; mientras tu marchabas al Campo abrigado de mis auxilios, se hacian sacrificios en Roma, humeaban los Altares: movido el Pueblo con mis engañosas ordenes pedia la salud del Principe ya difunto. En fin, afirmado ya el poder de tu imperio con la entera obediencia de las Legiones, vió Roma à Claudio, y atonito el Pueblo supo à un tiempo tu reina-

reinado y su muerte. Esta es mi sincera confesion. Estos son mis delitos. Esta es la recompensa. Apenas gozaba yo el fruto de tantos desvelos, apenas durò seis meses tu rèconocimiento, quando cansado de un respeto enfadoso, afectaste no conocerme. Seneca y Afranio avivando tus sospechas, y dandote lecciones de ingratitud, ven con gusto que el discipulo los excede en esta ciencia. Othòn, Sinecio, jovenes estragados y sumisos lisongeros de tus vicios logran tu confianza. Y quando sentida yo justamente te pido razon de estos ultrages, me respondes con nuevas afrentas: recurso unico de un ingrato convencido. Prometo la Princesa à tu hermano: consuelanse ambos con mi eleccion; y que haces? Junia robada y traída à tu Palacio viene à ser en una noche el objeto de tu amor. Octavia arrojada ya de tu corazon, está para serlo tambien del lecho en que yo la puse. Palante desterrado tu hermano preso mi libertad mal segura. Veome insultada de Afranio; y en fin quando convencido de tantas perfidias no deberias ponerte en mi presēcia sino para borrarlas, tu mismo me mandas que me justifique.

Ner. No puedo yo, Señora, olvidar que te debo el Imperio; y sin fatigarte en repetirlo, pudiera tu bondad sosegarse y tener mas confianza de mi gratitud. Tu sobresalto y quexa continua hicieron creer à todos, (atrevome á decirlo aqui entre nosotros) que baxo de mi nombre trabajabais para tí sola. *¿Son poca recompensa de sus beneficios* (decian) *tantos honores y tanta sumision? ¿Que delito ha cometido este Hijo? ¿Le ha coronado solo paraque obedezca? ¿Es solamente depositario de su poder?* Verdad es que à consistir en mi te hubiera dado gusto hasta en eso, cediendote la autoridad que parece me volvias à pedir a voces; pero Roma quiere un Soberano, y no una Señora. Bien sabes los rumores que ocasionaba mi floxedad El Senado y el Pueblo, irritados de oir que mi voz pronunciaba tus decretos, publicaron que Claudio me dexò con su poder la herencia de su servidumbre. Mil veces he visto con que ira, con qué violencia llevan los Soldados delante de ti las Aguilas, avergonzados de abatir a uso tan indigno los Hèroes que representan. Qualquiera otra se hubiera rendido à estas razones; pero tù ò mandar, ò quexarte. Contra mi te has hecho del vando de Britanico, fortificandole con la parcialidad de Junia. Trama Palante todos estos conciertos, y quando à mi pesar procuro asegurar mi reposo, te enciendes en ira, quieres presentar en el exercito à mi contrario. Ya la voz ha llegado hasta el mismo Campo.

Agr. ¡Yo hacerle Emperador! ¡Ingrato, tù lo has creido? ¿Con que intento? ¿Con que pretension? ¿Que honores, ni que lugar debiera yo prometerme en su Corte? ¡Ay Hijo! Si en tu reinado no se me respeta, si mis acusadores acechan todos mis movimientos, si persiguen à la Madre de su mismo Emperador, que seria de mi enmedio de una Corte estraña? Me darian en cara, no con quexas inutiles, ni con designios

apenas

apenas pensados quando desvanecidos, sino con delitos verdaderos, cometidos por tu causa y à tu vista. No nos engañemos. Yo conozco todo tu artificio: sé que eres un ingrato y que lo fuiste siempre. Desde tus primeros años, mi desvelo y mi ternura no te debieron sino fingidas caricias. Nada te ha obligado, y no sè como mi bondad ha podido sufrir tu aspereza. Desventurada de mi! ¿Que hado hace que te sean importunos todos mis afanes? Un hijo tengo. Cielos, què penetrais mi intencion, ¿ os hice jamàs algun ruego que no fuese en su favòr ? Remordimientos, temores, peligros, nada me acobardó: vencí sus desprecios: apartè la vista de los riesgos, que desde luego se me anunciaron: hice en fin quãto pude: tu reinas, esto basta. Si con la libertad q̃ me has quitado quieres tambien la vida, tomala, aqui la tienes, con tal que irritado el Pueblo con mi muerte, no te quite à ti lo que tanto me ha costado.

Ner. Basta, Señora, habla, dí lo que quieres.

Ag. Que se castigue la audacia de mis enemigos; que se aplaque el enojo de Britanico; que Junia elija esposo à su gusto; que ambos queden libres; que no salga Palante de Roma; q̃ pueda yo verte à todas horas;

Dexase ver Afranio en el fondo del Teatro.

que este mismo Afranio, que nos escucha, no tenga osadia para detenerme à tu puerta.

Ner. Si, Señora, todo lo concedo. Quiero que de aqui adelante mi reconocimiento publique tu poder. Ya doy gracias à la feliz tibieza, q̃ vuelve à encender el ardor de nuestra amistad. Por mas que Palante haya hecho, quiero olvidarlo. Reconciliome con Britanico; y en quanto al amor, que ha sido causa de nuestra separacion, lo dexo a tu arbitrio, para que nos juzgues. Vé, Señora, y dà este consuelo à mi hermano. Guardias, obedeced las ordenes de mi Madre.

SCENA III.

Neron y Afranio

Af. Oh, Señor, quan lleno de gozo veo esta paz y estos abrazos! Tu sabes si hè deseado yo nunca otra cosa; si he pretendido jamás separarte de su cariño; y si merezco su injusta indignacion.

Ner. Te dirè la verdad, Afranio. Yo recelaba de ti, creyendo que ambos caminabais de acuerdo; pero su enojo te restituye mi confianza. Mi Madre acelera demasiado su triunfo. Yo abrazarè à mi contrario; pero será para ahogarle.

Af. Como, Señor!

Ner. Esto ya es mucho. Su muerte me ha de librar del furor de Agripina. Mientras èl viva, no vivirè yo sin zozobra. Mi Madre me atormenta cõ el odioso nombre de Britanico, y no quiero dar lugar à que su audacia le prometa otra vez mi Trono.

Af. Con que presto tendrá que llorar à Britanico ?

Ner. Antes que acabe el dia no tendrè yo que temerle.

Af. Y quien te inspira esa atrocidad?

Ner. Mi gloria, mi amor, mi seguridad, mi vida.

Af. No, Señor, por mas que lo publi-

bli-

blique tu lengua, no creo que se haya fraguado en tu pecho.

Ner. Ay Afranio!

Af. O cielos! Como he podido escucharlo de su boca? Y tu, Señor, ¿como has podido oirlo sin horrorizarte? ¿Sabes en que sangre vas à manchar tus manos? ¿Estás ya cansado de reinar en los corazones de todos? ¿Que se dirá de ti? ¿Que pensamiento es ese?

Ner. Pues que? ¿Sugeto siempre à mi gloria pasada he de contemplar al amor del vasallo, que gobernado por el acaso, se nos dá y se nos quita en un mismo dia? ¿Siempre obediente à sus deseos, y contrario à los mios? ¿Por ventura soy su Emperador solamente para agradarlos?

Af. Pues, Señor, para llenar tus deseos ¿no basta que la felicidad publica sea contada como uno de tus beneficios? En tu mano està, Señor; virtuoso has sido hasta aqui, virtuoso puedes ser siempre. Ya tienes hecho el camino: ningun estorbo tienes: en ti consiste caminar de virtud en virtud; pero si oyes las maximas de tus aduladores, habràs de correr de delito en delito: sostener unas crueldades con otras, y lavar en sangre tus manos ya ensangrentadas. La muerte de Britanico excitará el zelo de sus amigos, dispuestos siempre à tomar sobre sí la causa. Hallarán quien los siga y aun despues de su muerte no les faltarán sucesores. Encenderás un fuego inextinguible: de todos temido, tendrás que temer à todos: castigar continuamente: vacilar en tus proyectos, y hacer la cuenta de tus enemigos por la de tus vasallos. Ah, Señor! ¿Es posible, que la dichosa memoria de tus primeros años te hace aborrecer tu inocēcia? Acuerdate de la felicidad que los hace señalados, y del sosiego en que pasaste. Que complacencia aquella pensar y decir dentro de ti mismo: *Todo mi Imperio en este instante me bendice y me ama. El Pueblo no se asusta de mi nombre: no le escucha el cielo entre tristes sollozos: mis vasallos no huyen de mi vista con melancolico aborrecimiento; antes bien voy robando sus corazones quando paso entre ellos!* Tales eran tus delicias. O dioses, ¡que mudanza! La sangre mas humilde era para ti preciosa. Acuerdome que un dia, estrechandote el justo Senado à que firmases la muerte de un delinquente, lo resistias como rigor, acusandote de cruel; y lamētandote de las pensiones que trae consigo el reinar, dixiste: *O ¡quanto diera por no saber escribir!* No Señor, ò has de creerme, ò mi muerte me librará de vèr y llorar esta desgracia. No se dirá que Afranio sobrevivió à tu gloria, si te obstinas en cometer tan atróz maldad. Aqui

Echase à los pies de Nerón.

me tienes, Señor. Haz que me atraviesen este corazon: no puedo consentir en accion tan detestable. Llama, Señor, llama à los crueles que te la han sugerido à que se ensayen en mi, si temen que su mano estè poco diestra para este golpe. Pero ya veo q̃ mis lagrimas ablandan à mi Soberano: ya veo que su virtud se horroriza de un atentado tan barbaro. No pierdas tiempo, Señor, dime quales son los aleves que osan aconsejarte el parricidio.

Llama à tu hermano, y olvida en sus brazos...

Ner. O, Afranio, ¡quanto me pides!

Af. No te aborrece, no: Señor, es traicion que le hacen: yo sè que está inocente, y te respondo de su respeto. Voy corriendo, voy à acelerar tan gustosa conferencia.

Ner. Dile que me espere contigo en mi quarto.

SCENA IV.

Neròn y Narciso.

Nar. Señor, todo lo he previsto: ya está preparado el veneno para tan justa muerte. La famosa Locusta se ha esmerado en servirme. En mi presencia ha probado su eficacia con la muerte de un esclavo. Menos pronto es el acero para quitar la vida, que el nuevo tósigo que me ha confiado.

Ner. Narciso, agradezco tu zelo; mas no pases adelante.

Nar. Pues como, Señor! Por ventura aplacado tu odio contra Britanico, me prohibe...

Ner. Si, Narciso, ya nos reconcilian.

Nar. Señor, no intentarè disuadirtelo; pero ya èl se ha visto preso. Esta ofensa siempre la mantendrá viva en el alma. No hay secreto que no descubra el tiempo: sabrá que por mi mano se le habia de dar un veneno dispuesto de tu orden. Quieran los dioses apartarle de tal intento; pero acaso èl executará lo que tu no te atreves.

Ner. Me aseguran de su fidelidad, y venzo mi inclinacion.

Nar. ¿Y es vinculo de esta alianza su casamiento con Junia? ¿Señor, le haces tambien este sacrificio?

Ner. Mucho apurar es eso. Sea como fuese, ya no le cuento por enemigo.

Nar. Bien se lo creia Agripina. Ya vuelve à tener en ti su antiguo dominio.

Ner. Como! ¿Pues que ha dicho? ¿O que quieres decir con eso?

Nar. Se ha jactado publicamente.

Ner. De què?

Nar. De que solo con verte un instante, todo tu estrepito furioso se trocaria en humilde silencio: que serias el primero à firmar la paz, teniendo à mucha fortuna que ella se dignase olvidar tus agravios.

Ner. ¿Y que puedo hacer, Narciso? Yo biẽ quisiera castigar su audacia, y si me dexase llevar de mi inclinacion, presto se seguiria à este triunfo indiscreto un eterno pesar. ¿Mas que diria el mundo? ¿Quieres que siga yo las huellas de los tiranos? ¿Que Roma, borrandome tantos titulos honorificos, y dexandome solo el nombre de infame vengador, califique mi venganza de parricidio?

Nar Pues, Señor, ¿quieres gobernarte por sus caprichos? ¿Creiste que Roma callaria siempre? ¿Debes acaso atender à lo que ella diga? ¿Por ventura has olvidado tus propios deseos? ¿Y es posible que solo à ti no te atrevas à dar credito? A demás, Señor, que no conoces à los Romanos. No hablan ellos con la libertad que tu piensas: antes esas precauciones debilitan tu autoridad; porque pasarán à juzgarse dignos de ser temidos. Ha mucho tiempo que están acostumbrados al yugo, y adoran la mano que los

apri-

aprisiona. No hay porque temer, Señor: siempre los tendrás sugetos à tu gusto. ¿Quanto no fatigò Tiberio su servidumbre, y siempre la tubo pronta? Yo mismo en mi antigua privanza, revestido de un poder que con la libertad recibì prestado de Claudio, tentè mil veces su paciencia sin haberla podido cansar. Señor, no te detengas: no temas la fealdad de un veneno. Dá la muerte al hermano, abandona à la hermana, y veràs como Roma llena de victimas los altares: verás como halla delitos en los dos hermanos por mas inocentes que sean: verás, en fin, como pone entre los infaustos los dias en que nacieron Britanico y Octavia.

Ner. No puede ser, Narciso: ha sido preciso rendirme. Afranio tiene ya mi palabra: no quiero darle contra mi nuevas armas faltandole à la fé prometida. En vano mi altivez quiere resistir à sus consejos: por mas que hago, jamás le oigo que no sienta en mi alguna turbacion.

Nar. No siempre Afranio piensa lo mismo que dice: su mañosa virtud procura conservar el credito ¿Y no podria ser tambien que pensasen todos de comun acuerdo? Esta resolucion arruinaria su autoridad: serias libre, y estos ayos sobervios doblarian como nosotros la cerviz en tu presencia. Pues que, Señor, ¿ignoras hasta donde llega su atrevimiento? Neròn, (dicen ellos) no nació para el Imperiò: no dice, ni hace otra cosa que lo q̃ se le manda. Afranio gobierna su voluntad; Seneca su entendimiento: toda su grandeza, toda su virtud se reduce à conducir un carro diestramẽte en el circo, disputar premios indignos de su estado, divertir al publico por sì mismo en los espectaculos de Roma, hacer gala de su voz en el teatro, recitar versos, que èl quiere se idolatren, mientras los soldados le procuran con violencia continuos aplausos. Ah, Señor! ¿No te atreverás à imponerles silencio?

Ner. Vèn, Narciso, veremos lo que conviene.

ACTO V.

SCENA PRIMERA.

Britanico y Junia.

Bri. Si, Junia; Neròn (quiẽ lo creyera) me aguarda en su quarto para darme un abrazo. Ya tiene convidada la juventud de la Corte, y quiere que la pompa y alegria de un banquete confirme publicamente la fé de la amistad que me ha jurado, y avive el ardor de nuestros abrazos. Yá extingue aquella pasion amorosa de que procedia nuestro aborrecimiento, y te hace arbitro de mi dicha. Yo, Señora, aunque desposehido del Solio de mis abuelos, y aunque le veo adornado con sus despojos; desde que no me disputa tu amor, y me cede la gloria de agradarte, confieso que le perdono interiormente dexandole lo demás con menos sentimiento. ¿Es posible que ya no estarè separado de tu amable hermosura? ¿Que veo ya sin zozobra esos ojos que han sabido resistir suspiros y amenazas? ¿Esos ojos que me han preferido al Emperador y al Imperio? ¡O amada Princesa! ¿Pero que es lo que

te obliga à reprimir tu gozo à vista del mio? ¿De que nace que al oirme levantas al cielo tristemente los ojos? ¿Que recelas, Señora?

Jun. Yo misma no lo sè; pero temo.

Bri. No me amas?

Jun. Ah, Principe! ¿Si te amo?

Bri. Pues Neròn no turba ya nuestra dicha.

Ju. Y quiẽ nos asegura de su sinceridad?

Bri. Què! ¿Le crees capàz de un odio encubierto?

Jun. Ha muy poco que me amaba, y estaba resuelto à perderte: ahora huye de mi vista, y te busca. Puede tan grande mudanza ser obra de tan corto tiempo?

Bri. Es obra de Agripina: ella creyó que mi ruina arrastraria tras si la suya: gracias à los caprichos de su genio receloso, que han hecho pelear en nuestro favor à nuestros mayores enemigos. No, Junia, no pueden engañarme sus gozosas demostraciones. Confio de Afranio: cõfio tambien de mi hermano, y creo que à imitacion mia incapaz de doblèz, aborrece abiertamente, ò no aborrece.

Jun Señor, no juzgues de su corazon por el tuyo: hay mucha diferencia entre ambos. Oy es el primer dia que conozco à Neròn y à su Corte; pero veo que en ella dista mucho lo que se dice de lo que se piensa. ¡Què poco acordes el corazon, los labios! Con q̃ semblante tan risueño se quebranta aquella fé. ¡O, Principe, que estancia tan estraña para Junia y para Britanico!

Bri. Pero dime, Junia, sea su amistad verdadera ò fingida, si temes à Neròn, acaso dexa èl de temer? No, Señora, no querrà èl exponerse cõ un atentado indigno à sublevar al Senado, al Pueblo. Pero que hay que dudar, si èl mismo conoce ya su yerro, tanto que Narciso ha penetrado su arrepentimiento. Ay, Junia, si èl te hubiese contado hasta donde llega...

Jun. ¿Y Narciso no puede serte traidor?

Bri. ¿Que razon hay para que yo lo recele?

Jun. ¿Que se yo? Tu vida va en ello: de todo desconfio: temo que todo te engañe: temo à Neròn. temo mi desgracia. No sè que fatal presentimiento me fuerza à desear que no te apartes de mi vista ¡Ay de mi! ¡Si esta paz que tanto te lisongea, ocultará algun lazo contra tu vida! ¡Si Neròn, irritado de nuestra union, habrá elegido la noche para encubrir su venganza! ¡Si ahora, mientras te veo, estarà tramando tu muerte! ¡Si será esta la ultima vez que yo te hable! ¡Ay Britanico!

Bri. ¿Lloras, amada Junia? ¿Tanto te debe mi amor? ¿El dia que Neròn en el colmo de su grandeza y en un Palacio donde todos le adoran y me desprecian, creìa que su resplandor te deslumbrase, prefieres mi infeliz estado à la pompa de su Corte? ¿En el mismo dia, y en el mismo Palacio rehusas un Imperio, y lloras por mi? Basta, Junia; deten esas preciosas lagrimas, que al punto vuelvo à desvanecer tus temores. Voy, no sea que la dilacion me haga sospechoso. Adios. Voy al centro del regocijo de una ciega juventud; pero encendido en mi, solo voy à pensar en mi adorada Princesa. Adios.

Jun. Principe...

Bri. Me aguardan, Junia, es preciso.

Jun. ¿Pero siquiera no aguardarás à q̃ te llamen?

SCENA II.

Agripina, Britanico y Junia.

Agr. ¿Principe, en que te detienes? Vè al puesto, que Neròn te espera ya impaciente. Los convidados, para publicar su alegria, desean con ansia ver vuestros tiernos abrazos. No dilates el cumplimiento de tan justo deseo. Vè; y tu, Junia, vèn conmigo al quarto de Octavia.

Bri. Vè, mi adorada Junia, dexa ese triste temor, no retardes à mi hermana los abrazos que anhela. Vé, Junia, mientras yo vuelvo à buscarte, y agradecerte nuevamente el cuidado que llevas.

SCENA III.

Agripina y Junia.

Agr. ¡Que es eso, Junia? Parece que algunas lagrimas han turbado tus ojos al despedirte. ¿No sabrè yo la causa? ¿Dudas acaso de una paz ajustada por mi misma?

Jun. Como me ha costado este dia tantos pesares, no es posible que tan presto me serene. Apenas puedo comprehender este milagro. ¿Que estraño seria temer algun estorbo à tus nobles deseos? La mudanza, Señora, es frequente en la Corte, y el amor siempre va acompañado de algun recelo.

Agr. Yo lo he dispuesto, Junia; esto basta. Todo está ya mudado. No hay por que recelar siendo mio el ajuste. Yo salgo fiadora de esta paz jurada en mis propias manos. Seguras son las prendas que de ella me ha dado Neròn. O, Junia, si hubieses visto con que caricias me renovò la fé de sus promesas! ¡Con que tiernos abrazos ha querido detenerme! Con que dificultad se ha desprendido de mi! El afable cariño que rebosaban sus ojos me comunicò los secretos aun de las cosas mas menudas. Esparciase conmigo con aquella confianza de un hijo que olvida su altivez en el regazo materno. Pero volviendo despues al magestuoso aspecto de un Emperador que toma consejo de su Madre, me confiò aquellos altos secretos de que pende la suerte de los mortales. No, Junia, confesemoslo en gloria suya Neròn por si no es maligno: nuestros enemigos eran los que pervertian, y abusaban contra nosotros de su bondad. Mas al fin mi poder vuelve à alternar con el suyo. Roma conocerá de nuevo à Agripina: ya la voz de mi autoridad empieza à ser adorada. Pero vamos, Junia, no esperemos aqui la noche: pasemos al quarto de Octavia, y gastemos con ella lo que resta de este dia tan dichoso, como yo le creì desgraciado. ¿Mas que oygo? ¿Que confuso tropèl? ¿Que puede ser esto?

Jun. Cielos! Mirad pôr mi Britanico.

SCENA IV.

Agripina, Junia y Afranio.

Agr. ¿A donde vas, Afranio? Detente. Que es...

Af. Esto acabò, Señora. Britanico esta espirando.

Jun. ¡Principe mio!

Agr. ¿Espirando?

Af.

Af. O ya ha muerto.

Jun. ¡ Ay infeliz! Perdona, Señora: Voy á socorrerle si puedo, ò à morir con èl.

SCENA V.

Agripina y Afranio.

Agr. ¿Que atrocidad, Afranio!

Af. Señora, llegó el termino de mi vida. No mas Emperádor, ni mas Corte.

Agr. Que no ha tenido horror de la sangre de su hermano!

Af. Esta maldad se ha manejado con mucho misterio. Apenas vè llegar el Emperador à Britanico, quando se levanta, y callando todos, toma al punto una copa y dice. *Para que acabe el dia con mas benignos auspicios derrama mi mano las primicias de esta copa. Dioses, que invoco en esta libacion, favoreced nuestra alianza.* Hizo Britanico el mismo juramento. Toma la copa: la llena Narciso: No es el acero tan pronto: apenas la llega à sus labios quando perdida la vista cayò sin aliento y sin vida. Consternaronse todos. Asombrados algunos huyen de alli dando voces; pero los que mejor conocen la Corte mirando à Cesar componen su semblante. En esto, Neròn recostado en su silla, sin dar muestras de turbacion alguna, dixo: *No hay que asustarse. Ese violento accidente ya en su niñez le acometiò muchas veces sin peligro.* En vano Narciso procuraba afectar algun sentimiento: su perfidia, su alegria se trasluce por mas que quiere reprimirla. Yo en tan horrendo caso, despreciando el enojo de Cesar, atravesè osadamente por el tumulto de su odiosa Corte, y horrorizado de tan atróz alevosia voy à llorar à Britanico, à Cesar y al Imperio.

Agr. Aqui viene. Verás si en esta maldad tiene parte su Madre.

SCENA VI.

Agripina, Neròn, Afranio y Narciso.

Ner. O dioses!

Agr. Espera, Neròn, oyeme una palabra. Muriò Britanico, y murió por un homicida.

Ner. Y quien es?

Agr. Tù.

Ner. Yo! ¿Hasta eso puede llegar tu malicia? No ha de haber desgracia que no se me atribuya; y si te dan credito, aun la muerte de Claudio será obra de mi mano. Amabas à Britanico, y te duele su perdida; pero yo no soy respetable de los decretos del hado.

Agr. No, Neròn; un veneno le ha muerto; Narciso se le diò: tu se lo mandaste.

Ner. O ¡Señora, que mal informada..

Nar. ¿ Para que fatigarte, Señor? ¿Acaso te injuria esa sospecha? Britanico, Señora, maquinaba secretamente lo que te hubiera costado mas justo sentimiento. A mas aspiraba él que al casamiento con Junia, y se hubiera valido de tu propio favor para castigarte. Te engañaba, Señora, fingiendo era su rendimiento, y verdadero el encono con que tarde ò temprano pretendia vengar los agravios acaecidos. O sea que la suerte à tu pesar te haya hecho este bien, ò que Cesar informado de las traiciones que amenazaban su vida, haya querido fiarla de mi zelo; lo cierto es, Señora,

ñora, que esa afliccion se debe dexar para tus enemigos. Ellos son los que deben contar este dia como uno de los mas infaustos; pero tù...

Agr. Prosigue, Neròn, prosigue con tales ministros, y te harás memorable por tus hazañas. Prosigue, que no has dado este paso para retroceder. En la sangre de tu hermano has estrenado tu valor: mañana continuarás en la de tu Madre, y cansado de que te ayuden tus atrocidades, querràs sacudir el yugo de tantos beneficios; pero yo quiero q̃ aun mi muerte te sea infructuosa. No creas alcanzar tu sosiego con ella. Roma, este cielo, esa vida que de mi recibiste ofrecerán à tus ojos mi sombra en todas partes y à todas horas. Tus remordimientos te seguiran perpetuamente como infernales furias. Buscaràs la quietud en otras atrocidades. Tu furor, irritandose contra ti mismo, no dexarà dia que no señale con nueva sangre Pero confio del cielo que cansado de sufrirte añada tu muerte à tantas victimas de crueldad; y que despues de haberte bañado en su sangre y la mia, te verás obligado à verter la tuya propia. Tu nombre en los siglos futuros serà injuria para los mas crueles Tiranos. Vete Neròn. Este es mi presagio.

Ner. Vamos, Narciso.

SÇENA VII.

Agripina y Afranio.

Agr. O Cielos! ¡Que engañada he vivido! Desconfiaba de Afranio, y creia en Narciso. ¿Viste que sañudo y furioso me mirò al despedirse? No hay que hacer: su crueldad no es ya capaz de freno. El golpe pronosticado està ya casi sobre mi cabeza, y aun tu no te libraràs de su violencia.

Af. Ay !Señora! Pluguiese al cielo q̃ yo no hubiese visto este dia, y que Neron dichosamente inhumano, hubiese ensayado en mi su furor sangriento, sin darme este anuncio inefable de las calamidades del Imperio. No es solo su delito lo que causa mi desconfianza, porque los zelos pudieron irritarle contra su hermano Mi mayor pena es la serenidad con que le vió morir. Su semblante manifiesta ya aquel animo inflexible de un Tirano endurecido en maldades desde la infancia. Acabe de una vez, y quite la vida à este importuno ministro, q̃ ya no puede sufrirle. Acabe, no crea que temo su ira. La muerte mas pronta serà para mi la mas apreciable.

SCENA ULTIMA.

Agripina, Afranio y Albina.

Alb. Afranio, Señora, acudid pronto à Nerón, y libradle de su propio furor. Ya perdiò para siempre à su amada Junia.

Agr. ¿Tambien muriò la Princesa?

Alb. Por afligir eternamente à Neròn Junia sin morir ha muerto ya para èl. Ya visteis con que precipitacion saliò de aqui. Fingiò pasar al quarto de Octavia; pero torciendo luego sus pasos que siguieron mis ojos, saliò turbada de Palacio. Apenas se ofrèciò à su vista la estatua de Augusto, quando bañando el marmol con sus lagrimas se abrazo de sus pies, y dixo: *Principe, por estos*

sagrados pies que tengo entre mis brazos, te ruego que protejas en este lance à este resto infeliz de tu linage. Roma, tu Palacio acaba de ver el sacrificio del ultimo descendiente tuyo que pudiera imitarte. Quieren obligarme que despues de su muerte le falte à la fé prometida; pero yo, para conservarla siempre pura, me consagro á estos dioses, en cuyos altares te diò lugar tu virtud heroica. A este espectaculo, atonito el Pueblo acude acelerado de todas partes, se atropella, la rodea enternecido con sus lagrimas, y lamentandose de su desgracia la concede su proteccion de comun acuerdo. Conduxeronla al Templo en q̃ despues de tantos años las virgenes dedicadas al culto de los altares guardan religiosamente el precioso deposito de aquel perpetuo fuego que arde en honor de nuestros dioses. Cesar los vè partir sin osar estorbarlo. Narciso mas atrevido, por complacerle se encamina presuroso hacia Junia, y con mano profana empieza à detenerla. Queda al punto castigada su audacia con mil mortales heridas, y su perfida sangre brotãdo impetuosamente llegò à manchar à la misma Junia. Cesar sorprendido à un tiempo de tantos obgetos horrorosos, le dexa entre las manos de la multitud. Vuelve à entrarse: huyen todos de su iracundo silencio. La unica voz en que prorrumpe es el nombre de Junia: incierto el paso, los ojos tan cobardes que ni aun vagamente se atreven á mirar al cielo. Si no la socorreis prontamẽte se teme que creciendo su despecho con la soledad y la noche el extremo dolor la acabe. Acudid presto. Un capricho la basta para quitarse la vida.

Agr. En ese se haria justicia. Pero vamos, Afranio, vamos à ver hasta donde llega su furia: veamos que mudanza producen sus remordimientos, y si en adelante quiere seguir otras maximas.

Af. Oxalà que esta fuese la ultima de sus maldades.

F I N.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibért y Tutó, Impresór y Librero.

